

dos sus remedios; y á estas solas palabras sacuden sus males al instante y recobran plenamente la salud paralíticos, sordos, mudos, ciegos y leprossos. *Sal del sepulcro, Lázaro*: esta sola palabra restituye á la vida un cadáver que estaba disolviéndose. En verdad que si en esto hay industria, es á lo ménos una industria enteramente divina.

En vano se trataria de envilecer estos prodigios con paralelos falsos y ridículos. Esclame en hora buena el hijo de Creso mudo de nacimiento y horrorizado á la vista de un enemigo que iba á descargar sobre su padre el golpe mortal: *Hombre, no mates á Creso*: está bien que así fuese; pero yo no veo en esto mas que el impulso violento de una pasión, que causando en los órganos una conmocion extraordinaria, produce en ellos un trastorno favorable: consigase en hora buena algunas veces, y á fuerza de infinitos cuidados, corregir la mala configuracion de los miembros, ó hacer articular palabras á hombres privados del órgano correspondiente; tampoco veré en esto mas que el resultado de una habilidad, ó de una industria larga y penosa. Así tambien el excitar por la accion de un fluido condensado un estremecimiento momentáneo en los músculos de un ani-

mal muerto, es solo un efecto mecánico, semejante al de las vibraciones de una cuerda pulsada con los dedos, y un hecho sin analogía alguna con los fenómenos de la vida. Mas ¿quién no percibe la distancia infinita que hay entre estos ú otros semejantes resultados del arte y del tiempo, y los prodigios evangélicos? En los milagros de Jesucristo nada puede atribuirse al movimiento impetuoso de una pasión, nada al influjo del tiempo, á esfuerzos repetidos, á accidentes imprevistos pero favorables, ni al juego de resortes ocultos: todo en ellos es repentino, perfecto, todo acomodado á las ocurrencias y sin ningun aparato; todo hecho por medios que no tienen proporcion ninguna con los efectos, en virtud de una sola palabra, y por el acto de una voluntad á la que nada resiste. Son resurrecciones completas de difuntos que ya exhalaban la fetidez del sepulcro; y multiplicaciones instantáneas de algunos panes con que al momento se alimentan muchos miles de hombres; ¿y no es todo esto, os pregunto, una violacion manifiesta de las leyes de la naturaleza? ¿no lleva consigo la marca visible del poder divino?

Mucho se han ponderado y aun se ponderan todavía ciertos fenómenos extraordinarios, cu-

ya causa no está bien conocida, y que han dividido á los sabios hasta el extremo de ser celebrados por unos con entusiasmo, y ser para otros un objeto de irrisión. La incredulidad, siempre ansiosa de cuanto halaga sus deseos, ha echado mano de ellos, y no ha temido asimilarlos á los milagros evangélicos. No me propongo apurar la verdad de los hechos que se alegan, y dejo al cuidado de otros este exámen crítico. Supongo que despues de haber entresacado lo verdadero de lo falso, y echando á un lado todo lo que hayan podido abultar la imaginacion, la vanidad, la irreflexion y el charlatanismo, resulten probadas algunas curaciones notables que parecen salir de los métodos ordinarios: ¿no será siempre vergonzoso á la razon humana haberse atrevido á compararlas con las curaciones milagrosas que se refieren en nuestros evangelios?

Yo haré una observacion general y terminante. El mismo Jesucristo es quien hizo todos los prodigios referidos por nuestros evangelistas; tanto los que pueden llamarse de primer orden como los que nos parecen ménos asombrosos. El mismo que resucitó á Lázaro, que dió vista al ciego de nacimiento y multiplicó los panes en el desierto, es el que curaba tambien las en-

fermedades y dolencias de todas clases. La resurreccion de Lázaro es un milagro en que se ostenta la omnipotencia divina, y un hecho bien superior a las débiles imitaciones del hombre; pues yo no sé que haya en Europa ningun profesor del arte de curar que se glorie de restituir la vida á los cadáveres empezados á podrirse bajo de la losa del sepulcro; y si Jesucristo ejecutó aquel gran milagro por su voluntad omnipotente, ¿por qué no han de atribuirse al mismo principio los demas, aunque ménos asombrosos? ¿y con qué razon se quiere hacer una ridícula distincion atribuyendo unos á la accion inmediata del poder divino, y otros á la mediata de algun agente natural aunque desconocido? ¿No se ve en todos al mismo Jesus mandando como Señor á la naturaleza entera?

Entremos por un momento á exámen del paralelo que se ha querido hacer, y cuya futilidad será muy facil demostrar. Las curaciones que se contraponen á los milagros evangélicos requieren tiempo, paciencia y constancia; los resultados del arte son inciertos, suelen ser incompletos, no siempre felices, y mas de una vez han sido funestos: en todo se percibe una causa desconocida y singular, si se quiere, pero cuya accion, como la de todas las causas físicas,

tiene su principio, sus progresos y su término. Por el contrario, las curaciones hechas por el Salvador de los hombres no presentan el mas mínimo indicio de falta de poder, de incertidumbre ni de insuficiencia; son repentinas, instantáneas, seguras y completas: en las primeras vemos el orden y los trámites de una curación médica, admirable cuanto se quiera, pero que tiene su causa secreta en la naturaleza; pero en las otras brilla la acción momentánea é inmediata del poder divino; y entre ambas media una inmensa distancia.

¿Qué siglo este en que parece no haber ciencia ni talento sino para hacer contra la religion comparaciones y argumentos faltos de juicio y de lógica! ¿Qué tiempos los nuestros en que los apologistas del cristianismo se ven precisados á refutar seriamente asimilaciones tan indignas! Si alguno pues me reconviene de que prostituyo hasta este punto mi ministerio, le responderé que el grande apóstol San Pablo me ha enseñado á ser débil con los débiles, y que la experiencia ha justificado mas de una vez á mis ojos esta condescendencia: pudiera recordarle tambien que obligado el mismo apóstol á salir de la moderacion ordinaria, y á hablar de sí mismo haciendo su elogio, para desvanecer las voces

falsas que se habian esparcido contra él, decia á los cristianos de su tiempo: „Si he hablado „como un indiscreto, no me echeis á mí la culpa, me he visto precisado á ello.” *Factus sum insipiens: vos me coegistis* (1).

No necesitamos ya de largos racionios para ver en los prodigios de Jesucristo la obra del mismo Dios. Advertid, señores, que no debe considerarse un milagro solo en particular, sino que es necesario examinar el conjunto de los milagros evangélicos, su número, su esplendor, su variedad, su objeto, la prontitud en su ejecución y los efectos durables que producen: así considerados presentan rasgos tan palpables de grandeza, de santidad y de bondad, que es imposible no reconocer en ellos la mano de un Dios infinitamente bueno y poderoso. En sus circunstancias y pormenores nada se advierte que sea indecoroso, nada impuro ni cruel, y nada que descubra un agente odioso y maléfico; tampoco hay escenas escandalosas que ultrajen las buenas costumbres, y su objeto es siempre la virtud y el bien de la humanidad. ¿Y qué idea deberémos formar de esos espíritus subalternos llamados demonios? La de unos enemi-

(1) II Cor. XII, 2.

gos de los hombres, padres de la mentira, é incitadores á todos los errores y á todos los crímenes. Por este motivo su verdadero imperio es el de la idolatría con las torpezas é infamias que lleva consigo. Jesus por el contrario se decía enviado de Dios para destruir los vicios y errores del paganismo, para atraer á los hombres al conocimiento del Dios único criador del universo, y para restablecer en la tierra el ejercicio de todas las virtudes. Si hubiese ejecutado sus milagros con la asistencia del demonio, entónces este hubiera empleado su poder en destruir su propio imperio y en perjudicarse á sí mismo; pues á la verdad un demonio que se empleara en arruinar el reinado del vicio para establecer el de la virtud, seria un demonio bien extraño: por esto Jesus para rebatir esta absurda proposicion de los judíos, les decía: „Si hago „prodigios en nombre del demonio, estará mal „consigo mismo, pues procura su propia destrucción (1).” Esta respuesta no admite réplica. Queda pues probada la divinidad de sus milagros.

Ya no queda al incrédulo mas que un solo recurso; y es decir, que mas bien los obraba Je-

(1) Math. XII, 26 et seq.

sus á impulso de su compasion y bondad, que para probar la divinidad de su mision y de su doctrina; ¿pero pudiera creerse que los incrédulos llegasen á cegarse de un modo tan extraño, si no se viese consignada la prueba en sus escritos? Pues este es el miserable error en que incurrió el famoso Juan Santiago. Jesucristo mismo va á desmentir esta loca asercion, y al efecto recordaremos algunos pasages de su vida. Cuando cura al paralítico, declara expresamente que lo hace para demostrar que tiene verdaderamente el poder que le negaban de perdonar los pecados de los hombres (1). Cuando los discípulos de Juan Bautista vienen preguntándole si es el Mesias, su única respuesta consiste en obrar algunos milagros delante de ellos, y luego les dice: „Id y contad á Juan lo „que habeis visto y oido; que los ciegos ven, los „leprosos quedan sanos, y los muertos resucitan (2).” Hecha la curacion del ciego de nacimiento, rodean á Jesus los judíos mas principales y quieren que les diga francamente si es él Cristo. Jesus les responde: „Las obras que „hago en el nombre de mi Padre dan testimo-

(1) Math. IX, 6.

(2) Math. XI, 4, 5.

„nio de mí (1).” Al tiempo de resucitar á Lázaro, anuncia formalmente que va á restituírle la vida, para que el pueblo, testigo de un prodigio tan grande, le reconozca por el enviado de Dios (2), por eso sus apóstoles que no solamente conocían sus obras, sino también el fin con que las hacia, no cesaban de presentarlas como títulos sobresalientes de su mision. Es verdad que Jesus vivió sobre la tierra haciendo siempre beneficios, y que la mayor parte de sus milagros eran efecto de su bondad; pero también es evidente que quería manifestar por ellos la divinidad de su mision y de su doctrina. Valerse pues del desahogo de su compasion afectuosa para rebatir su mision divina, es aparentar reconocimiento ocultando la mas odiosa impiedad. Hemos refutado suficientemente el mas ridículo de todos los argumentos.

Ya es tiempo de sacar la consecuencia natural que se deriva de la realidad de los milagros evangélicos: hoy nos limitaremos á indicarla, y en otro discurso la ilustraremos con la ampliacion necesaria. Si los prodigios hechos por Jesus en otro tiempo anunciaban á toda la Judea

(1) Joan. X, 25.

(2) Joan. XI, 42.

que era el enviado de Dios, y por consiguiente que debía oírse su voz y seguirse su doctrina, abrazando los preceptos y misterios de ella; lo mismo nos anuncian diez y ocho siglos después, y estas maravillas son hoy para nosotros lo mismo que fueron en otro tiempo para los judíos y los paganos. Aquí corresponde destruir un error que preocupa algunas veces nuestro juicio, y sobre el cual apenas reflexionamos. Entre las nubes del tiempo y de los siglos, desaparecen en cierto modo á nuestra vista los hechos antiguos, y se diria que son para nosotros como si nunca hubieran existido: sin embargo esto no es mas que una ilusion, pues cualquiera que sea la distancia que los separe de la generacion presente, no por eso es ménos real su existencia; la verdad jamas envejece; y si puede ser ménos perceptible la impresion de los hechos antiguos que la de los presentes, la conviccion es frecuentemente la misma en unos que en otros. Nada hay ciertamente mas ridículo que pretender que la certidumbre de los hechos vá decayendo á medida que pasa por las generaciones. No, no es mas cierta la existencia de Luis XIV que la de Enrique IV; la de este que la de Carlo-Magno; la de Carlo-Magno que la de Constantino, ni la de este que la de Au-

gusto: diré mas, cuando los hechos antiguos han pasado al traves de un gran número de generaciones, y siendo de tal naturaleza que hayan podido ser discutidos constantemente, han arrastrado sin embargo la creencia universal, presentan en esta acquiescencia de las naciones y de los siglos un nuevo motivo de certidumbre.

Séame ahora, señores, permitido al acabar dirigir mi voz á los que puedan vacilar aun entre la incredulidad y el cristianismo, y decirles: ¿Qué partido quereis tomar? Negar la posibilidad de los milagros es precipitaros en el ateismo: disputar la realidad de los del evangelio, es arrojarnos al pirronismo histórico mas universal é insensato; y creer estos milagros y no ser cristiano, es ser inconsecuente. Los hechos evangélicos estan mejor probados que otros muchos de que no dudais, y la prueba que se saca de ellos á favor del cristianismo no admite réplica. Aquí podemos repetir aquellas graves y memorables palabras que dirigia á su hijo uno de los mas grandes magistrados que honran la Francia (1). „Cualquiera que háya meditado bien

(1) *D'Aguesseau. Etud. prop. á former un Magistrat. Sus obras, tom. I, pág. 262.*

„todas estas pruebas, halla que es no solamente  
„mas seguro, sino mas fácil creer que no creer,  
„y da gracias á Dios por haber querido que la  
„mas importante de todas las verdades sea tam-  
„bien la mas cierta, y que sea tan imposible du-  
„dar de la verdad de la religion cristiana, como  
„de la existencia de César ó de Alejandro.”